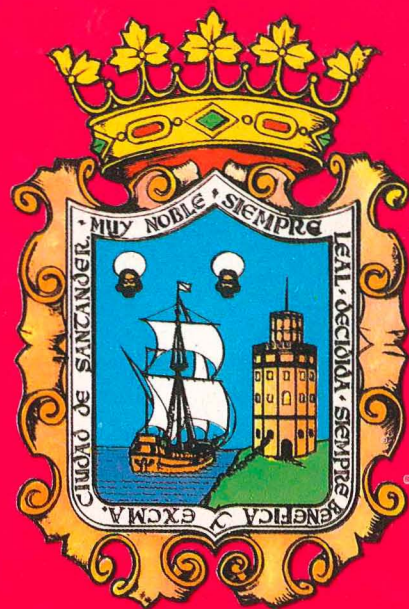


**CENTENARIO
PLAZA DE TOROS
DE SANTANDER**



**LOS TOROS VISTOS
POR 30 PINTORES**

BRINDIS EN UN ANIVERSARIO

Cuando aquel día veraniego de julio de 1890 se inauguraba la nueva plaza de toros de Cuatro Caminos, que este año celebra su centenario, el periodista Fermín Bolado Zubeldia ratificaba desde las páginas del diario **El Aviso** la antigua tradición taurina de Cantabria utilizando como argumento principal nuestra pertenencia al país de pan y toros.

La afirmación resultaba también válida para cualquier otra provincia española al tratarse de la fiesta llamada nacional. Pero, pese a ser Santander una provincia sin ganaderías de reses bravas, montañosa y aislada geográficamente por su orografía, era verdad que nuestro patrimonio histórico en relación con este espectáculo no resultaba pobre ni discreto, como demostró después José María de Cossío (1).

En las praderas y bosques de la que es hoy nuestra región, vivió el uro, **Bos primigenius**, Bojanus, el antecesor más parecido al toro de lidia. Los restos de este gran bóvido son frecuentes en los yacimientos prehistóricos de la región cantábrica y, del mismo modo, aparece representado en los santuarios rupestres de nuestras principales cuevas.

Hace pocos años, el Dr. Jesús Altuna halló en una sima de la sierra de Gibijo (Alava) un esqueleto de este animal cuya antigüedad por el C14 se calculó en 7.380 ± 150 años (2). José Ortega y Gasset en el epílogo al libro **El arte del toreo**, de Domingo Ortega, le enviaba en este escrito el retrato del primer toro que se extinguió como especie en la Baja Edad Media. «Como es sabido, la variedad vacuna dotada de bravura es una especie zoológica arcaica que se ha perennizado en España cuando desde muchos siglos antes había desaparecido de todo el mundo. Las causas de esta perduración -escribe Ortega- no han sido aún esclarecidas. Sólo es patente que en las últimas tres centurias las fiestas nobles de toros, primero, y las corridas populares, después, han logrado su artificial conservación» (3). Frente a esta teoría, Marie Mauron (4) estima al **Bos brachyceros**, forma mutante del primero, como el auténtico antepasado del toro bravo español, que debió arribar a la Península con las naves cretenses. El paleontólogo Jesús Altuna encuentra, por su parte, una gran similitud entre los toros de la Camarga y el uro (5).

Las noticias más antiguas de las corridas de toros con las que la primitiva Villa de Santander celebraba sus festividades conmemorativas se remontan a 1503 y figuraban entre los festejos con que se honraba a San Matías, abogado contra la peste: «Item que se

1) «Toros en Santander», *La Revista de Santander*, número extraordinario, verano de 1930, pp. 288-296.

2) *Munibe*, n.º 1-2, San Sebastián, 1974, pp. 27-51.

3) *La caza y los toros*, (Madrid: Revista de Occidente, 1960), 139.

4) *El toro, ese genio del combate*, (Madrid: Ediciones y Publicaciones, 1955), 87.

5) *Ob. cit.*, p. 175.

guarde y honre en la dicha villa e su jurisdicción el día del dicho apóstol, se corran los dichos dos toros el domingo postrero de carnaval e que los Sres. de el Regimiento puedan gastar doscientos maravedís en colación de los propios de la villa» (6).

Las corridas del llamado voto de San Matías, según Agustín Vaquero (7) se celebraron sin interrupción hasta el año 1783. Simón Cabarga dice que tanto las corridas de San Matías como las de San Juan perduraron hasta 1794 en que fueron suspendidas por el Ayuntamiento a causa de suponerle un enorme sacrificio económico. Pero ya antes las autoridades religiosas habían puesto el veto a la fiesta por su carácter mundano al llegar, incluso, los toriles a ser propiedad del Cabildo de la Colegiata, si bien es cierto que se procuró considerarla también como una forma de recaudar fondos con destino al culto o a las clases más necesitadas. Este sentido tuvo, por ejemplo, la banderilla que se ponía al toro con objeto de destinar ese dinero a la Cofradía de las Benditas Animas del Purgatorio de la Iglesia Catedral. Decimos banderilla, ya que entonces no se colocaban a pares ni tampoco recibían este nombre, sino el de arpones, que se lanzaban al toro a distancia.

Un ejemplo de la literatura religiosa antitaurina, donde se explican estas prohibiciones, es el libro de Francisco Antonio de Palaciós, conservado en la colección de Eduardo de la Pedraja, en la Biblioteca Municipal. El autor condena la fiesta en estos términos: «Si los espectáculos son reliquia de la gentilidad los Toros no sólo son reliquia, son sí el mismo festín bárbaro de los gentiles» (8).

Después de compararlo con las luchas sangrientas que se hacían en los anfiteatros romanos, apunta entre sus inconvenientes el abandono del trabajo al acudir las gentes a verlos.

«Añádese a esto el peligro de vida y aún de ambas vidas espiritual y corporal de los toreadores» (p. 6). Y como argumento concluyente utiliza la opinión de Santo Tomás de Villanueva quien decía: «¡O si llegasen mis ojos a ver quitada alguna vez aquella bestial y diabólica costumbre de nuestra Hespaña de correr toros» (p. 7).

Pero las corridas no desaparecieron y al prohibirse las organizadas por el Cabildo pasaron a celebrarse a cargo de las Cofradías y, durante años, la de Nuestra Señora de la Consolación, la más antigua de la ciudad, conmemoró la festividad con una corrida de toros. Los estudiosos de la fiesta en Cantabria han recogido otros muchos testimonios del espectáculo a través del tiempo, como ocurrió en San Vicente de la Barquera, en 1517, cuando vino a España Carlos V a tomar posesión del reino. Laurent Vital, acompañante del emperador y cronista del acto, refiere con detalle el espectáculo en un cerrado donde un joven aguardaba la embestida del toro y le apretaba el cuello con suma habilidad hasta hacerle caer al suelo. A juicio de Cossío, se trataba de una variante del llamado mancornar, que se practicaba entonces en Castilla.

Con mayor o menor realce, la capital y la provincia vinieron celebrando con festejos taurinos sus fiestas patronales o aquellos acontecimientos destacados del reino, como ocurrió en Santander el 12 de septiembre de 1707 con motivo del nacimiento de Luis I, en que toreros navarros lidiaron doce toros.

6) Cossío, ob. cit., p. 288.

7) «La Iglesia colegial de San Medel y San Celedón y las corridas de toros de la Villa de Santander», *Altamira*, 1961, n.º 1 a 3, pp. 279-291.

8) *Viva Jesús* (Pamplona: Longas, 1791) 5. Ms. 147. Ver el epígrafe «Sobre los toros», pp. 5-9.

El obispo Menéndez de Luarda, aunque contrario a la fiesta, se sirvió de ella para recaudar fondos que le ayudaron a construir el nuevo hospital de San Rafael y, del mismo modo, las corridas eran un seguro recurso para obtener dinero con destino a la Casa de Expósitos de la ciudad.

Quizá tuvieron mayor realce y espectacularidad las fiestas solemnes celebradas en la Plaza Mayor con motivo de la proclamación de Carlos IV, en que se organizaron novilladas los días 19, 20 y 21 de febrero de 1789 (9).

En los años 1794 y 1795, asegura José Simón Cabarga (10) que, debido a la ocupación francesa, no se celebraron corridas y únicamente se autorizaron los espectáculos populares por las calles del llamado «novillo de maroma».

En el siglo XIX las corridas se celebran ya como un negocio y atribuye a ello Cossío el que también se profesionalicen por parte de los toreros.

Desde el punto de vista literario no contamos con excesivas informaciones sobre las corridas de toros en Cantabria, con la excepción de los testimonios de José María de Pereda, Pérez Galdós y Gutiérrez Solana.

El primero, aparte de la crítica que hizo de la zarzuela titulada **Pan y toros**, de Picón y Barbieri, escribió en **La Abeja Montañesa** el romance: «¡A los toros, a los toros!», que tiene el interés de indicarnos dónde se encerraba el ganado, cuando dice al comienzo:

*«El tiempo está inmejorable,
el ambiente delicioso,
los bichos en La Albericia,
¡ja los toros, a los toros!» (11).*

Primitivamente, como ya hemos señalado, en la Plaza Vieja se montaban los tablados y predominaron las plazas de barreras, de las que dice Simón Cabarga que existió una «en la Atarazanas o hacia el lavadero de Becedo o si no, pasado el arco de la calle Alta» (12).

En 1832 se encarga a los empresarios de la ciudad la construcción de una plaza que tuvo su emplazamiento en la que hoy es calle de San Luis. Cabarga (13) señala el año 1846 como el primero en que se celebra ese verano una corrida ajustada a las normas de la tauromaquia con ganado procedente de Colmenar Viejo, Peralta, Navarra y Egea de los Caballeros, que lidiaron y mataron los espadas «El Chiclanero» y Gaspar Díaz, actuando como banderillero el afamado José Calderón.

La entrada más barata de sol costaba, en tendido, siete reales de vellón y la más cara, la delantera de palco, treinta y cuatro reales. Pero quizá lo más espectacular y a la vez más lamentable fue la huida del sexto toro de la plaza, el amotinamiento de la población que obligó a intervenir a la fuerza pública, la detención de la cuadrilla de «El Chiclanero» y la muerte inesperada de un vecino.

9) Pedro García Diego, *Relación de las solemnes plausibles fiestas con que L.M.N.S.L. Ciudad de Santander celebró la proclamación de el Señor D. Carlos IV nuestro Augusto Soberano*. Manuscrito del Fondo Pedraja. Ms. 87.

10) *Santander (biografía de una ciudad)*, 3.ª ed. (Santander: Estudio, 1979) 146-147.

11) *La Abeja Montañesa*, 29 agosto de 1861.

12) *Biografía de una ciudad*, p. 144. Pablo Morillas señala una plaza al pie de la Cuesta Primero de Mayo y comienzo de la calle Juego de la Pelota, plaza que sólo funcionó los años 1843 y 1844 (*Gran Enciclopedia de Cantabria*, t. VI Santander: Ed. Cantabria, 1985) 255.

13) *Ibid*, pp. 149-151.

La tercera plaza de toros, de carácter fijo, se construyó en 1859 en el barrio de Molnedo, al comienzo del paseo que luego se llamó de la Concepción y hoy de Menéndez Pelayo. En pocos meses se instaló a expensas de los empresarios Carlos Odriozola y Canuto Díaz Bustamante. Tenía un aforo para seis mil espectadores y se inauguró el 4 de agosto de 1859 con una corrida de «Cúchares» y «El Tato» y se clausuró, a causa de su mal estado, con una última corrida, el 20 de julio de 1890, con toros de Udaeta que lidiaron «El Ecijano» y «Espantero». Remigio Salomón, en su **Guía de Santander** (14), destaca, curiosamente, el lugar de elección «en un sitio pintoresco y ameno, desde el cual se domina la bahía y se recrea la vista con los buques que entran y salen y con el horizonte despejado que se descubre». Sus contemporáneos debieron de pensar que si se atendía a la lidia poco podían recrearse viendo la entrada y salida de los barcos.

Pérez Galdós sospechamos que asistió con frecuencia a las corridas santanderinas durante el verano, estimulado por su amigo el periodista y crítico taurino José Estrafí. Sobre el tema publicó varios artículos en los que demuestra conocer bien el alcance y significado del espectáculo en el pueblo español. Sin embargo, ya por entonces la fiesta pasaba por una aguda crisis que no disminuía la afición de las gentes, pese a existir también enemigos de las corridas de toros. «Pues bien -escribía- siendo los toros malos, los toreros peores y el espectáculo infinitamente más caro, la afición del público aumenta de año en año» (15). A su juicio, a la emoción proporcionada por la lidia, se une la que emana del propio espectáculo con especiales encantos para españoles y extranjeros. Excepto la suerte de varas, para la que pedía una modificación, consideraba a nuestras corridas de toros como una fiesta típicamente española, original y sin réplica en otras partes del mundo, aparte de ser inspiradora de artistas y escritores. Con cierta gracia, hacía esta advertencia a los impugnadores de la fiesta: «El día en que por la degeneración de la raza bovina, no haya ningún individuo de ella que quiera embestir, se inventarán las corridas de carneros, machos cabríos o algún otro bicho más o menos cornúpeto» (16).

Por su parte, Gutiérrez Solana dejó escritas páginas antológicas sobre las capeas y corridas pueblerinas en las que captó su contenido trágico y entorno costumbrista. Cuando se refiere a Santander en sus fiestas de feria, alude, en su libro **La España Negra**, a las corridas de Santiago: «La feria empezaba en la Alameda Segunda: era este un hermoso paseo en línea recta que terminaba al llegar a la Plaza de toros» (17). Al tratar en el mismo libro la corrida de toros en Santoña, la describe en unos términos que la convierten en una auténtica crónica antitaurina. Pero es, posiblemente, más conocido por haber tratado el tema taurino en sus cuadros al pintar las capeas, la muerte del toro, las mulillas, las mujeres toreras y por haber retratado a «El Lechuga», el popular torero al que sus pinceles otorgaron la auténtica fama, que no logró nunca en los ruedos.

14) *Guía de Santander*, (Santander, 1860).

15) «La Fiesta Nacional», en *Fisonomías sociales* de Benito Pérez Galdós, (Madrid: Renacimiento, 1923) 114.

16) *Ibid.*, p. 119.

17) *Obra literaria*, (Madrid: Taurus, 1961), 316.

La festividad de Santiago Apóstol se celebraba en la ciudad con diversos festejos, entre los que figuraban el regateo de lanchas, la cucaña y las corridas de toros. Contaba Santander en 1879 con un teatro principal y tres cafés teatro, aparte de la citada plaza de toros en el Paseo de la Concepción. Sabemos también que existían sociedades de aficionados, una de las cuales celebró el 29 de junio de 1879 una corrida de novillos a puerta cerrada en el Circo taurino.

La actual plaza se inauguró el 25 de julio de 1890 en el barrio llamado entonces del Padre Rábago y se hizo a expensas del empresario Fernández Gallostra, por un coste aproximado de 300.000 pesetas. Fue su arquitecto Alfredo Escalera. Ocupa una superficie de 14.801 metros, con un redondel de 50 m. de diámetro y tiene un aforo de 11.000 localidades (18). La cuidada restauración realizada últimamente por el Ayuntamiento de la ciudad, la presenta como una plaza graciosa a la que los dibujos y nombres de las diferentes ganaderías, exhibidos en el friso del tercer piso, le han vuelto a dar el aspecto alegre que ofrecía el día de su inauguración. Esa tarde Luis Mazzantini y José Sánchez del Campo, «Cara ancha», hicieron una buena faena con toros del conde de la Patilla y volvieron a actuar el 27 de julio, en la segunda corrida, con toros de Veragua.

Desde entonces, la plaza de toros ha tenido una interesante historia, siendo escenario el 26 de junio de 1913 de la «corrida monstruo», en la que se lidiaron 18 toros. Pero no todos sus cometidos han sido taurinos, ya que se ha utilizado para mítines políticos, como lugar de concentración de presos políticos y sede de otros espectáculos artísticos. Mas los santanderinos la recordarán por ser la protagonista los días de feria, cuando los aficionados se dirigen a ella a ver los toros. Al cumplir ahora cien años le ofrecemos un brindis de aniversario.

Benito MADARIAGA DE LA CAMPA
Cronista Oficial de Santander.

18) Felipe Fragua Pando, *Plaza de Toros de Santander. Cincuenta años de torero 1890-1939*, (Santander, 1961), 27. Ver también de Pablo Morillas su colaboración en la *Gran Enciclopedia de Cantabria*, t. VI, pp. 254-257.

ORGANIZACION: CONSEJO DE ADMINISTRACION DE LA PLAZA DE TOROS DE SANTANDER.
COORDINACION
Y COMISARIADO: MANUEL DOCAL.
ASISTENCIA TECNICA: SALVADOR CARRETERO REBES.
MONTAJE: PERSONAL DEL MUSEO DE BELLAS ARTES.
FOTOGRAFIA: FOTO CLICK.
IMPRENTA: GRAFICAS TER.
Dep. Legal: SA-246-1990.

